

unidad, conteniendo juntamente la pluralidad de todas las partes del universo producido, con todo el orden de sus grados, de tal suerte, que donde está la una están todas, y las todas no quitan la unidad de la una. Allí el un contrario no está dividido del otro en lugar, ni diverso en esencia oponente, sino que juntamente en la Idea del fuego y en la del agua, y en la del simple y en la del compuesto, y en la de cada parte está la del universo todo, y en la del todo, la de cada una de las partes, de tal suerte que la multitud en el entendimiento del primer artífice es la pura unidad, y la divinidad es la verdadera identidad.»

Viene á ser, pues, la *Idea* «una esencial luz solar, que en su unidad contiene todos los grados y diferencias de los colores y la luz del universo.» Identificase con la sabiduría divina ó con el Verbo, porque, no sólo en el entendimiento divino, sino en todo actual entendimiento, la sabiduría y la cosa entendida y el mismo entendimiento son una sola cosa en sí. Y si esta hermosura cabe en cualquier entendimiento criado, ¡cuánto más en el purísimo entendimiento divino, que de todas maneras es uno mismo con la sabiduría Ideal; y «así como produce el mundo, lo conoce todo y conoce todas sus partes, y partes de las partes en un simplicísimo conocimiento, esto es, conociéndose á sí mismo, y en él es lo mismo el conociente y el conocido, el sabio y la sabiduría, el inteligente y el entendimiento y las cosas de él entendidas.

¿Identifica León Hebreo á la hermosura con el ser de Dios? Parece que no, puesto que enseña que «Dios, como autor de la sabiduría, no es hermosura ni sabiduría, sino fuente de donde emana la primera hermosura y la suma sabiduría... Así que en el mundo hay tres grados en la hermosura: el autor de ella, ella y el que participa de ella, conviene á saber: hermoso que hermosea, hermosura y hermoso hermoestado.»

Toda esta doctrina quiere corroborarla León Hebreo con interpretaciones de la Escritura, á la cual supone (conforme á la enseñanza Filoniana), que se acercó Platón mucho más que Aristóteles, «cuya vista en las cosas abstractas fué algún tanto más corta, y no se levantó tanto en la abstracción.»

¿Y cómo no había de parecer pobre y apegado á la tierra todo otro sistema estético al que con temor religioso nos enseña que «para contemplar la hermosura conviene vestirse de vestiduras limpias y puras espirituales, haciendo como el Sumo Sacerdote, que, cuando en el día sagrado de los Perdones entraba en el *Sancta Sanctorum*, dexaba las vestiduras doradas llenas de piedras preciosas, y con vestimentos blancos y cándidos impetraba la gracia y el divino perdón?»

Todavía puede preguntarse: «¿Para qué nació el amor?» y León Hebreo responde: «que el fin singular del amor es la delectación del amante en la cosa amada.» Pero si el fin del amor es el deleite, y el amor es deseo de hermosura, ¿cómo se dan muchas delectaciones en que no cabe

hermosura, como las del olfato y las del gusto? Todo amor es deseo; pero no todo deseo es amor, puesto que se da el mismo nombre al apetito. Todo deleite es bueno en cuanto deleita, y por eso es objeto de deseo; pero no todo deleite es hermoso.

Distinguido así el concepto de lo bello del de lo deleitable, útil y honesto « porque lo hermoso es menos común que lo bueno, » y distinguida la hermosura real de la aparente, termina el libro investigando y declarando el fin universal del amor, que es la unión de todos los seres con la suma hermosura, que es Dios, causa eficiente del mundo *por salida productiva*, formal *por sustentación conservativa*, y final *por reducción perfectiva*. Todo el universo « producido se reduce á un Creador, mediante la parte intelectual que en él quiere comunicar, y mediante los actos de ella. » Con esto y con exponer cabalísticamente el orden de los grados del ser, y *el cerco de los amores del universo*<sup>1</sup>, ciérrase dignamente este diálogo, cuya síntesis puede decirse que se halla en estas palabras: « El amor divino

<sup>1</sup> « Porque la materia primera naturalmente desea y apetece las formas elementales, como á más hermosas y más perfectas que ella, y las formas elementales á las mixtas y vegetales, y las vegetales á las sensibles, y las sensibles aman con amor sensual la forma intelectual, la cual con amor intelectual sube de un acto de inteligencia de un inteligible menos hermoso al de otro más hermoso, hasta el último acto intelectual del Sumo inteligible divino, con el último amor de su hermosura suma, con el cual se integra el cerco amoroso, en el sumo bien, último amado, que fué primer amante como padre criador. »

es tendencia ó salida de su hermosísima sabiduría á su imagen, esto es, al universo producido por él, con vuelta del universo á unirse con su hermosura suma. »

Perdónese tan largo extracto de un libro, apenas leído hoy de nadie, pero que no deja por eso de ser el monumento más notable de la filosofía platónica en el siglo XVI, y aun lo más bello que esa filosofía produjo desde Plotino acá. Toda otra exposición antigua ó moderna de las doctrinas del discípulo de Sócrates acerca del amor y la belleza, ó es plagio y reminiscencia de ésta, ó parece breve arroyuelo al lado de este inmenso Océano. Nunca, antes de Hegel, ha sido desarrollada con más amplitud la estética idealista. Nadie ha manifestado tan soberano desprecio á la materia como León Hebreo. Nadie ha espiritualizado tanto el concepto de la forma, nadie le ha unificado más, y nadie se ha atrevido á llegar tan lejos en las conclusiones de la teoría platónica. La *idea* única engendrando de su seno toda forma, la forma lidiando con la materia, y señoreándola, vivificándola y hermo세ándola en diversos grados.... tales son los fundamentos de esta síntesis deslumbradora, que abarca todo el cerco de los entes, afirmando donde quiera la eterna fecundación del amor. Doctrina *telematológica* en el punto de arranque, y ontológica en su término, puesto que viene á considerar el mundo como una objetivación del amor ó de la voluntad, que se revela y hace visible en infinitas apariciones y formas. Doctrina profundamente

armónica, y aún más unitaria que armónica, en la cual entran concordados y sin violencia Aristóteles y Platón, la idea *en las cosas* (llamada *forma*), y la idea *sobre las cosas*, identificada con la divina sabiduría.

La importancia de León Hebreo en la historia de la ciencia es enorme, y no bien aquilatada todavía. En él se juntan dos corrientes filosóficas, que habían corrido distintas, pero que emanaban de la misma fuente, es decir, de la escuela alejandrina, del neo-platonismo de las *Eneadas* de Plotino. León Hebreo representa la conjunción entre la filosofía semítico-hispana de los Avempace y Tofail, de los Ben-Gabirol y Judá Leví, de los Averroes y Maimónides con la filosofía platónica del Renacimiento, con la escuela de Florencia. En la Edad Media, los hebreos habían sido el más eficaz conductor de la ciencia arábica á las escuelas cristianas. En el Renacimiento, el destierro de los judíos castellanos lanza de nuevo por Europa las semillas de la ciencia arcana, encerrada en la *Fuente de la Vida* ó en el *Zohar*. Pero esta ciencia hebraico-española, al ponerse en contacto con la ciencia italiana, renovada de la antigüedad, se transforma; y al paso que reconoce sus comunes orígenes, y, remontando la corriente de los siglos, vuelve á anudar la cadena de Plotino, de Proclo y del falso Hermes Trismegisto, se va despojando de las embarazosas vestiduras de la sinagoga, abandona sus tiendas, abandona las fórmulas y los ritos, y hace oír su voz al aire libre y á la ra-

dianante luz del sol bajo los pórticos de la Atenas Medicea. Comienza por hablar en italiano, y abandonar la lengua santa; estudia el griego para conocer de cerca á los maestros del pensamiento antiguo; restaura la forma dramática del diálogo, y hace uso de los desarrollos oratorios, más bien que del razonamiento escolástico. Y no es esto sólo, sino que extiende su concepción, la agranda, da á los términos valor universal que no tenían, y desde el primer momento plantea juntos el problema ontológico y el cosmológico, reconociendo que entre Platón y Aristóteles no hay diferencia esencial. Entrevé el principio de la ciencia; y con temerario arrojo quiere arrancar á las cosas el secreto de la razón universal: se apodera del concepto de la voluntad y del concepto de la hermosura: *destila* de los seres creados las formas latentes, y levanta el espléndido alcázar de la *Philographia*.

Admiremos todo esto como un poema, reservando para más adelante el investigar y poner en su punto qué parte de esta soberbia construcción ha dejado todavía en pié la implacable crítica moderna, al plantear de un modo enteramente diverso la cuestión metafísica. Pero entre tanto, saludemos en León Hebreo, á una de las más altas glorias filosóficas de la Península, y veamos cómo su huella persiste durante nuestra edad de oro, en todos los que especularon acerca de la belleza abstractamente considerada.

Si los *Diálogos* de Judas Aberbanel estaban escritos (como de un pasaje del tercero de ellos

se infiere) desde el año 1502 (5262 de la creación, según el cómputo hebreo), es indudable que precedieron bastante, y debieron de influir de un modo eficaz en los diversos libros de platonismo erótico recreativo, impresos allí durante la primera mitad del siglo XVI, y que inmediatamente fueron traducidos al castellano. Entre ellos figuran los *Asolanos* (ó razonamientos sobre el amor, habidos en la corte de la reina de Chipre), que escribió el Cardenal Bembo<sup>1</sup>, y *El Cortesano* de Baltasar Castiglione (ó como los nuestros decían, Castellón), Nuncio que fué de Su Santidad en España, desde 1525 hasta su muerte, acaecida en Toledo el 10 de Febrero de 1529. Uno y otro libro están en diálogo, como casi todas las obras inspiradas directa ó indirectamente por el platonismo; pero hay larga distancia entre los razonamientos algo pedantescos de los *Asolanos*, y el vivo, suelto, amenísimo decir de *El Cortesano*, espejo de la buena sociedad de entonces, y manual de discreción, cortesanía y educación caballeresca. Estampado el libro de Castiglione en 1528, por las prensas de Aldo Manucio, fué pues-

<sup>1</sup> La única edición que conozco de *Gli Asolani* traducidos en castellano es la siguiente:

«Los | *Asolanos* de M. Pe- | tro Bembo, nuevamente | traduci-  
dos de lengua | Toscana en roman | ce castellano. | Dirigidos al  
muy Magnífico S. don Pedro Rodriguez Nieto | de Fonseca. | En  
Salamanca. | 1551.»

Del colofón se deduce que fué impresa en casa de Andrea de Portonariis. 12.º sin foliatura, signaturas A—X. El traductor es anónimo, aunque algunos han querido atribuírsela á Portonariis mismo.

to casi inmediatamente en prosa castellana, la más rica, bella y elegante que imaginarse pueda, por el barcelonés Juan Boscán. De esta traducción clásica<sup>1</sup>, voy á trasladar casi íntegro el maravilloso razonamiento sobre el amor y la hermosura, que pone Castiglione en boca de Micer Pedro Bembo, para dar el más noble y transcendental remate á la larga y sabrosa plática sobre las cualidades de *El Cortesano*, tenida en la casa y palacio del duque de Urbino. Es cierto que este trozo (paráfrasis elocuentísima del *Fedro* y del *Banquete*) es traducción, al fin y al cabo, y no pertenece á la historia del pensamiento ibérico, pero también es cierto que Boscán le nacionalizó é hizo propio por derecho de conquista, pues hay traducciones que realmente arrebatan la propiedad del original traducido. Además, se trata de uno de los libros extranjeros más leídos

<sup>1</sup> La primera edición de *El Cortesano* en nuestra lengua es de 1534:

«Los cuatro libros del Cortesano, compuestos en italiano por el Conde Baltasar | Castellón, y agora nuevamente traducidos en lengua Castellana por Boscán.

Colof.... Imprimidos en la muy noble ciudad de Barcelona por Pedro Monpezat, imprimidor. A dos del presente mes de Abril, Mil y quinientos y treynta y quatro.

Es un tomo en folio gótico de 113 folios. Posee dos ejemplares la Biblioteca Nacional. Hay por lo menos otras ocho ediciones antiguas (Toledo, 1539), (Salamanca, 1540), (otra sin año ni lugar), (Amberes, 1544), (Zaragoza, 1553), (Amberes, 1561), (Valladolid, 1569), (Amberes, 1574). Últimamente ha sido reproducido con mucha elegancia tipográfica y eruditas ilustraciones del Sr. Fabié, en la colección de los *Libros de antaño* (Madrid, Durán, 1873). Pág. 508 y siguientes.

en España en el siglo xvi y que más imitaciones suscitaron; libro que, por otra parte, pertenece á la misma escuela de que fué luz nuestro León Hebreo, y tiene la ventaja histórica inapreciable de resumir en breve trecho, bajo una forma literaria y popular, aquella parte de las doctrinas platónicas y del misticismo amoroso, que, saliendo del recinto de las escuelas de los Ficinos y Abarbaneles, había llegado á penetrar en la sociedad y en el mundo elegante de Italia, y en el círculo de sus poetas y de sus artistas. Y por último, la gallardía de la frase es tal, que casi nos sería contada por omisión imperdonable la de este trozo de elocuencia filosófica que, á mi entender, no tiene superior en castellano:

«....Pero aun entre todos esos bienes, hallará el enamorado otro mayor bien, si quisiere aprovecharse de este amor como de un escalón para subir á otro muy más alto grado, y harálo perfectamente, si entre sí ponderare cuán apretado ñudo y cuán grande estrechez sea estar siempre ocupado en contemplar la hermosura de un cuerpo solo; y así de esta consideración le verná deseo de ensancharse algo, y de salir de un término tan angosto, y por extenderse, juntará en su pensamiento, poco á poco, tantas bellezas y ornamentos, que, juntando en uno todas las hermosuras, hará en sí un conceto universal, y reducirá la multitud dellas á la unidad de aquella sola, que generalmente, sobre la humana naturaleza, se extiende y se derrama; y así, no ya la hermosura particular de una mujer, sino aque-

lla universal, que todos los cuerpos atavía y ennoblece, contemplará; y desta manera embebecido, y como encandilado con esta mayor luz, no curará de la menor; y ardiendo en este más excelente fuego, preciará poco lo que primero había tantopreciado. Este grado de amor, aunque sea muy alto y tal que pocos le alcanzan, todavía no se puede aún llamar perfeto; porque la imaginación, siendo potencia corporal (y según la llaman los filósofos, orgánica), y no alcanzando conocimiento de las cosas sino por medio de aquellos principios que por los sentidos le son presentados, nunca está del todo descargada de las tinieblas materiales, y por eso, aunque considera aquella hermosura universal separada y en sí sola, no la discierne bien claramente; antes todavía se halla algo dñdosa por la conveniencia que tienen las cosas á ella representadas; ó (por usar del vocablo proprio) los fantasmas con el cuerpo; y así aquellos que llegan á este amor, sin pasar más adelante, son como las avechillas nuevas, no cubiertas aún bien de todas sus plumas, que, aunque empiezan á sacudir las alas y á volar un poco, no osan apartarse mucho del nido, ni echarse al viento y al cielo abierto. Así que, cuando nuestro Cortesano hubiere llegado á este término, aunque se pueda ya tener por un enamorado muy próspero y lleno de contentamiento, en comparación de aquellos que están enterrados en la miseria del amor vicioso, no por eso quiero que se contente ni pare en esto, sino que animosamente pase

más adelante, siguiendo su alto camino tras la guía que le llevará al término de la verdadera bienaventuranza; y así, en lugar de salirse de sí mismo con el pensamiento, como es necesario que lo haga el que quiere imaginar la hermosura corporal, vuélvase á sí mismo, por contemplar aquella otra hermosura que se vee con los ojos del alma, los cuales entonces comienzan á tener gran fuerza, y á ver mucho, cuando los del cuerpo se enflaquecen y pierden la flor de su lozanía. Por eso el alma apartada de vicios, hecha limpia con la verdadera filosofía, puesta en la vida espiritual y ejercitada en las cosas del entendimiento, volviéndose á la contemplación de su propia sustancia, casi como recordada de un pesado sueño, abre aquellos ojos que todos tenemos y pocos los usamos, y vee en sí misma un rayo de aquella luz, que es la verdadera imagen de la hermosura angélica comunicada á ella, de la cual también ella después comunica al cuerpo una delgada y flaca sombra; y así, por este proceso adelante, llega á estar ciega para las cosas terrenales, y con grandes ojos para las celestiales, y alguna vez, cuando las virtudes ó fuerzas que mueven el cuerpo se hallan por la continua contemplación apartadas dél, ó ocupadas de sueño, quedando ella entonces desembarazada y suelta dellas, siente un cierto escondido olor de la verdadera hermosura angélica; y así, arrebatada con el resplandor de aquella luz, comienza á encenderse y á seguir tras ella con tanto deseo, que casi llega á estar borracha

y fuera de sí misma por sobrada codicia de juntarse con ella, pareciéndole que allí ha hallado el rastro y las verdaderas pisadas de Dios, en la contemplación del cual, como en su final bienaventuranza, anda por reposarse; y así, ardiendo en esta más que bienaventurada llama, se levanta á la su más noble parte, que es el entendimiento; y allí, ya no más ciega con la oscura noche de las cosas terrenales, vee la hermosura divina, mas no la goza aún del todo perfectamente, porque la contempla solamente en su entendimiento particular, el cual no puede ser capaz de la infinita hermosura universal; y por eso, no bien contento aún el amor de haber dado al alma este tan gran bien, aún todavía le da otra mayor bienaventuranza, que, así como la lleva de la hermosura particular de un solo cuerpo á la hermosura universal de todos los cuerpos, así también en el postrer grado de perfección la lleva del entendimiento particular al entendimiento universal; adonde el alma, encendida en el santísimo fuego por el verdadero amor divino, vuela para unirse con la natura angélica, y no solamente en todo desampara á los sentidos y á la sensualidad con ellos, pero no tiene más necesidad del discurso de la razón; porque trasformada en ángel, entiende todas las cosas inteligibles, y sin velo ó nube alguna vee el ancho piélagos de la pura hermosura divina, y en sí le recibe; y recebiéndole, goza aquella suprema bienaventuranza, que á nuestros sentidos es incomprendible. Pues luego, si las hermosuras que á cada

paso con estos nuestros flacos y cargados ojos en los corruptibles cuerpos (las cuales no son sino sueños y sombras de aquella otra verdadera hermosura) nos parecen tan hermosas, que muchas veces nos abrasan el alma y nos hacen arder con tanto deleite en mitad del fuego, que ninguna bienaventuranza pensamos poderse igualar con la que alguna vez sentimos por sólo un bien mirar que nos haga la mujer que amamos, ¿cuán alta maravilla, cuán bienaventurado trasporte os parece que sea aquel que ocupa las almas puestas en la pura contemplación de la hermosura divina? ¿Cuán dulce llama, cuán suave abrasamiento debe ser el que nace de la fuente de la suprema y verdadera hermosura, la cual es principio de toda otra hermosura, y nunca crece ni mengua, siempre hermosa, y por sí misma tanto en una parte cuanto en otra sim- plísima, solamente á sí semejante y no partici- pante de ninguna otra; mas de tal manera her- mosa, que todas las otras cosas hermosas son hermosas porque della toman la hermosura? Esta es aquella hermosura indistinta de la suma bondad, que con su luz llama y trae á sí todas las cosas, y no solamente á las intelectuales da el en- tendimiento, á las racionales la razón, á las sen- suales el sentido, y el apetito común de vivir, mas aun á las plantas y á las piedras comunica, como un vestigio ó señal de sí misma, el movi- miento y aquel instinto natural de las propiedades de ellas; así que tanto es mayor y más bienaven- turado este amor que los otros, cuanto la causa

que le mueve es más ecelente; y por eso, como el fuego material apura al oro, así este santísimo fue- go destruye en las almas y consume lo que en ellas es mortal, y vivifica y hace hermosa aquella parte celestial que en ellas por la sensualidad primero estaba muerta y enterrada; ésta es aquella gran ho- guera en la cual (según escriben los poetas) se echó Hércules, y quedó abrasado en la alta cumbre de la montaña llamada Oeta; por donde, después de muerto, fué tenido por divino y inmortal; esta es aquella ardiente zarza de Moisés, las lenguas repartidas de fuego, el inflamado carro de Elías, el cual multiplica la gracia y bienaventuranza en las almas de aquellos que son merecedores de velle, cuando partiendo de esta terrenal baxeza se van volando para el cielo. Enderecemos, pues, todos los pensamientos y fuerzas de nuestra alma á esta luz santísima que nos muestra el camino, que nos lleva derechos al cielo, y tras ella, despo- jándonos de aquellas aficiones de que andábamos vestidos al tiempo que descendíamos, rehagámo- nos agora por aquella escalera que tiene en el más baxo grado la sombra de la hermosura sensual, y subamos por ella adelante á aquel aposento alto, donde mora la celestial, dulce y verdadera hermosura, que en los secretos retraimientos de Dios está escondida, á fin que los mundanales ojos no puedan vella, y allí hallaremos el térmi- no bienaventurado de nuestros deseos, el verda- dero reposo en las fatigas, el cierto remedio en las adversidades, la medicina saludable en las dolencias, y el seguro puerto en las bravas fortu-

nas del peligroso mar desta miserable vida. ¿Cuál lengua mortal, pues, ¡oh amor santísimo!, se hallará que bastante sea á loarte cuanto tú mereces? Tú, hermosísimo, bonísimo, sapientísimo, de la unión de la hermosura y bondad y sapiencia divina procedes, y en ella estás, y á ella y por ella como en círculo vuelves. Tú, suavísima atadura del mundo, medianero entre las cosas del cielo y las de la tierra, con un manso y dulce temple inclinas las virtudes de arriba al gobierno de las de acá abaxo; y, volviendo las almas y entendimientos de los mortales á su principio, con él los juntas. Tú pones paz y concordia en los elementos, mueves la naturaleza á producir, y convidas á la sucesión de la vida lo que nace. Tú las cosas apartadas vuelves en uno, á las imperfectas la perfección, á las diferentes la semejanza, á las enemigas la amistad, á la tierra los frutos, al mar la bonanza y al cielo la luz, que da vida. Tú eres padre de verdaderos placeres, de las gracias de la paz, de la beninidad y bien querer, enemigo de la grosera y salvaje braveza, de la floxedad y desaprovechamiento. Eres, en fin, principio y cabo de todo bien, y porque tu deleite es morar en los lindos cuerpos y lindas almas, y desde allí alguna vez te muestras un poco á los ojos y á los entendimientos de aquellos que merecen verte, pienso que agora aquí entre nosotros debe ser tu morada: por eso ten por bien, Señor, de oír nuestros ruegos; éntrate tú mismo en nuestros corazones, y con el resplandor de tu santo fuego alumbrá nues-

tras tinieblas, y como buen adalid muéstranos en este ciego labirinto el mejor camino; corrige tú la fealdad de nuestros sentidos, y después de tantas vanidades y desatinos como pasan por nosotros, danos el verdadero y sustancial bien; haznos sentir aquellos espirituales olores que vivifican las virtudes del entendimiento, y haznos también oír la celestial armonía de tal manera concorde, que en nosotros no tenga lugar más alguna discordia de pasiones; emborráchanos en aquella fuente perenal de contentamiento, que siempre deleita y nunca harta, y á quien bebe de sus vivas y frescas aguas da gusto de verdadera bienaventuranza; descarga tú de nuestros ojos con los rayos de tu luz la niebla de nuestra inorancia, á fin que más no precieemos hermosura mortal alguna, y conozcamos que las cosas que pensamos ver no son, y aquellas que no veamos, verdaderamente son; recoge y recibe nuestras almas, que á ti se ofrecen en sacrificio; abrásalas en aquella viva llama que consume toda material baxeza; por manera que en todo separados del cuerpo, con un perpetuo y dulce nudo se junten y se aten con la hermosura divina; y nosotros de nosotros mismos enajenados, como verdaderos amantes, en lo amado podamos transformarnos, y levantándonos de esta baxa tierra seamos admitidos en el convite de los ángeles, adonde mantenidos con aquel mantenimiento divino, que ambrosía y néctar por los poetas fué llamado, en fin muramos de aquella bienaventurada muerte que da vida, como ya murieron

aquellos santos padres, las almas de los cuales tú con aquella ardiente virtud de contemplación, arrebataste del cuerpo y las juntaste con Dios.»

El ejemplo de estos libros italianos, que difundían hasta en el vulgo y entre las mujeres los principios de la filosofía del amor, contribuyó sin duda á que se multiplicasen, durante el siglo xvi, los diálogos de asunto estético y *philographico*. Impresos hay dos ó tres, pero queda memoria de algunos más. Desde luego hay que contar entre los que hemos perdido el que compuso el célebre botánico *Cristóbal de Acosta Africano*, autor del *Tratado de las drogas y medicinas de las Indias Orientales*, y de otro de muy diversa materia *en loor de las mujeres*, idéntico casi al *Gynecepaenos* de Juan de Espinoza.

Un amigo de Acosta, que encabeza con una advertencia al lector el referido *Tratado de las mujeres*, impreso en Venecia en 1592, enumera entre las obras que el autor tenía acabadas, un libro *Del amor divino, del natural y humano, con un discurso del amor natural y de lo que debemos á los animales*<sup>1</sup>. Lo poco que de ésta materia habla en el libro de las mujeres no hace sentir gran cosa la pérdida de lo restante.

Mucho más debe deplorarse la del *Tractado*

<sup>1</sup> Vid. *Tratado | en loor de las | mugeres, | y de la castidad, bonesidad, constancia, silen | cio y lusticia, con otras muchas particu | laridades, y varias Historias. | Dirigido á la Serenissima Sennora Infanta Donna | Catalina d'Austria. | Por Christóval | Acosta Affricano... In Venetia MDXCII. | Presso Giacomo Cornetti. 4.º, 148 hojas. (De mi biblioteca) pág. 5.*

*de amor en modo platónico*, y la del diálogo *Cyprigna* en prosa y verso, que, juntamente con otras muchas producciones suyas, y con una *Obra de amor y hermosura á lo sensual*, perdió el capitán Francisco de Aldana en la jornada de África, donde rindió heroicamente su vida, al lado del rey D. Sebastián. Aldana, á juzgar por sus versos, era, no sólo platónico, sino místico, y ya en otra ocasión he citado algunos tercetos de su epístola á Arias Montano, donde describe con graciosas y adecuadas comparaciones la inmersión del alma en Dios:

«Pienso torcer de la común carrera  
Que sigue el vulgo, y caminar derecho  
Jornada de mi patria verdadera.

.....  
Y porque vano error más no me asombre,  
En algún alto y solitario nido,  
Pienso enterrar mi ser, mi vida y nombre.

.....  
¿Y qué debiera ser (bien contemplando)  
El alma, sino un eco resonante  
Á la eterna *beldad* que está llamando?

.....  
Y como el fuego saca y desentendra  
Oloroso licor por alquitara  
Del cuerpo de la rosa que en ella entra,  
Así destilará de la gran cara  
Del mundo inmaterial, varia belleza,  
Con el fuego de amor que la prepara,  
Y pasará de vuelo á tanta alteza,  
Que volviéndose á ver tan sublimada,  
Su propia olvidará naturaleza :  
Cuya capacidad ya dilatada,

Allá verá, do casi ser le toca  
 En su primera causa transformada.  
 Ojos, oídos, piés, manos y boca,  
 Hablando, obrando, andando, oyendo y viendo,  
 Serán del mar de Dios cubierta roca.

Cual pece dentro el vaso alto, estupendo,  
 Del Océano, irá su pensamiento  
 Desde Dios para Dios yendo y viniendo.

Serále allí quietud el movimiento,  
 Cual círculo mental sobre el divino  
 Centro glorioso, origen del contento.

.....  
 Do llega en tanto extremo á mejorarse  
 (Torno á decir), que en él se transfigura,  
 Casi el velo mortal sin acabarse.

No que del alma la especial natura,  
 Dentro del divinal piélagos hundida,  
 Deje en el Hacedor de ser hechura,  
 Ó quede aniquilada y destruida,  
 Cual gota de licor que el rostro enciende,  
 Del altísimo mar toda absorbida.

Mas como el aire en que su luz extiende  
 El claro sol, que juntos aire y lumbre  
 Ser una misma cosa el ojo entiende.

.....  
 Déjese el alma arder suavemente,  
 Con leda admiración de su ventura.  
 Húndase toda en la divina fuente,  
 Y del vital licor humedecida,  
 Sálgase á ver del tiempo en la corriente.

.....  
 Ella verá con desusado estilo  
 Toda regarse, y regalarse junto  
 De un salido de Dios, sagrado Nilo.  
 Veráse como línea producida

Del punto eterno en el mortal sujeto,  
 Bajada á gobernar la humana vida.

.....  
 Forma gentil de vida indeclinable

.....  
 Es bien verdad que á tan sublime cumbre  
 Suele impedir el virtuoso vuelo  
 Del cuerpo la terrena pesadumbre,  
 Pero con todo llega al bajo suelo  
 La escala de Jacob, por do podemos  
 Al alcázar subir del alto cielo.»

¡Y este poeta ha sido olvidado en nuestras Antologías, y mencionado casi con desdén por la perezosa rutina de los historiadores de nuestras letras!

Más disculpa merecen sus contemporáneos, que le llamaron *el Divino*, puesto que lo es muchas veces por el pensamiento, y algunas por la dicción:

«Recogida su luz toda en un punto,  
 Aquella mirará de quiénes ella  
 Indignamente imagen y trasunto,  
 Y cual de amor la matutina estrella,  
 Dentro el abismo del eterno día,  
 Toda se cubrirá luciente y bella:  
 O como la hermosísima judía  
 Que llena de doncel novicio espanto,  
 Viendo á Isaac que para sí venía,  
 Dejó cubrir el rostro con el manto,  
 Y descendida presto del camello,  
 Recoge humilde al novio casto y santo :.»

1 Vid. *Primera parte* | de las obras que hasta agora se han | podido hallar | del Capitán Francisco de Aldana, | Alcaide de

Suerte mayor que los libros de Acosta y del capitán Aldana lograron, en lo de correr de molde, el rarísimo *Diálogo de amor, intitulado Dórida*, obra de autor anónimo, publicada en Burgos por Juan de Enzinas, en 1593, y el *Tractado de la hermosura y del amor*, estampado en Milán, 1576, por Maximiliano Calvi. El *Diálogo de amor* de Dórida y Dameo <sup>1</sup>, «en que se trata de las causas por donde puede justamente un amante (sin ser notado de inconstante) retirarse de su amor,» no pertenece, como bien claro se ve por su mismo título, á la literatura filosófica, sino á la literatura galante; pero está lleno de agudas observaciones psicológicas, sobre los afectos y pasiones humanas, y es, además, un primor de arte y de estilo.

S. Sebastián, | el qual murió peleando en la jornada de Africa.  
| Agora nuevamente puestas en luz por su hermano | Cosme de  
Aldana, gentilbombre del Rey | Don Phelippe nuestro Señor &.  
| En Milán, por Pablo Gotardo Poncio. 8.º 104 hojas.

En el fol. 101 de la segunda parte de las obras del Capitán Aldana, impresas en Madrid por Pedro de Madrigal, 1591, se halla la lista de las obras que Aldana perdió en la guerra.

<sup>1</sup> Poseo ejemplar de este peregrino opúsculo:

—«*Diálogo | de Amor | intitulado Dorida. | En que se trata de las causas por donde puede | justamente un amante (sin ser notado | de inconstante) retirarse de | su amor. | Nuevamente sacado á luz, corregido y | enmendado por Iuan de Enzinas, vezino de Burgos. | Con Privilegio. | En Burgos. | En la impremeria de Philippe de Iunta | y Iuan Baptista Varésio. | 1593.*»

12.º, 8 hs. sin foliar, 102 de texto, con un soneto laudatorio de D. Luis Salazar de Frias.

De los preliminares inferimos que algunos atribuían este diálogo al mismo León Hebreo. Así lo indica Tomás Gracián Dantisco en la aprobación. Juan de Espinosa no es más que el editor.

El voluminoso *Tractado de la hermosura* <sup>1</sup> de Calvi (cuyo apellido le denuncia italiano ó hijo de italiano, aunque manejaba con mucha pureza la lengua castellana), parece, á primera vista, obra de más bulto y sustancia; pero en su mayor y mejor parte es un escandalosísimo plagio de los Diálogos de León Hebreo, que Calvi embutió enteros y verdaderos en los suyos, sin más fatiga que cambiar los nombres de los interlocutores, que no son aquí Philon y Sophía, sino *Philalethio* (el amigo de la verdad), y *Perergifilo* (símbolo de la porfía). Asombra la inaudita candidez con que se arrojó Calvi á robar la sustancia y las palabras de un libro tan conocido; pero tenemos un caso semejante en el tratado *De re militari*, de Diego de Salazar, traducción disimulada de los diálogos de Maquiavelo sobre el *Arte de la Guerra*.

Calvi, sin embargo, con mayor destreza que el capitán Salazar, no siguió paso á paso el texto que plagiaba, sino que (y en esto consiste su única originalidad) fué desmembrando el libro de León Hebreo, y dando diverso encaje y co-

<sup>1</sup> En realidad el *Tratado de la hermosura* consta de tres tomos en folio muy delgados; pero generalmente se encuentran juntos, y así lo están en el ejemplar que poseo. Su descripción bibliográfica es la siguiente:

—«*Del | Tractado | de la hermosura | y del amor. | Compuesto | por Maximiliano | Calvi. | Libro Primero. | El qual tracta de la Hermosura, dirigido á la | S. C. R. Magestad de la Reyna | Doña Ana nuestra | Señora. | En Milán | Por Paulo Gotardo Poncio, el Año | MDLXXXVI.*»

56 folios, sin contar 6 de preliminares, que contienen, ade-

locación á los pedazos, para hacer de este modo menos manifiesta su rapiña.

El método ganó sin duda, y puede afirmarse que en este concepto vence la rapsodia al original. Empieza Calvi por tratar de la definición de la hermosura en general; discurre por la corpórea é incorpórea; llega al origen de la primera y suma y única verdadera hermosura, y muestra cómo resplandece en todas cosas y personas. De la misma manera procede en cuanto al amor, tratando primero de su definición general, y de su esencia y universalidad, de la diferencia entre el amor y el deseo, y resolviendo luego las sabidas cuestiones «si nació el amor, cuándo nació, dónde y de quién, por qué y cuál es su fin,»

más de la licencia y privilegio, una advertencia del autor, un soneto italiano de Juliano Gosselini, y otros dos del autor mismo.

—«Del | Tractado | de la Hermosura | y del Amor, | compuesto | por Maximiliano | Calvi. Libro Segundo. | El qual tracta del Amor dirigido á la S. C. | R. Magestad del Rey de las Españas | Don Phelippe segundo | nuestro Señor. | En Milán, | Por Paulo Gotardo Poncio, el Año | MDLXXVI.»

4 hs. de preliminares, y 67 folios. Á la vuelta de la portada nuevo soneto del autor.

—«Del | Tractado &.... | Libro Tercero. | El qual tracta contra Cupido, dirigido al | Serenissimo Señor Don Iuan de | Austria. | En Milán, | Por Paulo Gotardo Pontio; el Año | 1576.»

Á la vuelta de la portada, nuevo soneto del autor.

5 hs. prels. 35 páginas.

No he podido adquirir noticias de la vida de este insolente plagiario. Sólo nos dice que emprendió su tarea «para evitar la ociosidad mientras los negocios en la corte me vacaban, antes que yo fuese de Su Cathólica Majestad empleado en su Magistrado de Milán.»

para venir á parar en los grados y especies del amor, desde el amor divino hasta el amor humano deleitoso.

Pero no se crea que, aunque todo León Hebreo está en Calvi, todo Calvi esté en León Hebreo. Bastaría la comparación material de los dos libros para convencerse de que esto era imposible, dado el procedimiento de Calvi, que no amplifica ni deslíe, sino que traduce literalmente. Hay, pues, mil cosas en Calvi que no están en León Hebreo; pero tampoco éstas pertenecen legalmente al autor milanés. Con la misma falta de escrúpulo con que saqué á Judas Abarbanel, se entró, como en real de enemigos, por los dos extravagantes libros *De Pulchro* y *De amore*, del célebre peripatético Agustín Nipho Suessano. De allí ha salido todo el tratado *Del amor cupidíneo*, que hace un volumen entero en el libro de Calvi; de allí los elogios y catálogos de las heroínas antiguas, y los capítulos entre metafísicos y fisiológicos, entre platónicos y lúbricos, en que se describen las condiciones de la belleza femenina. Sólo hay una modificación, y ésta curiosa. Nipho, á quien Renán en su *Averroes* califica de «caballero de industria literario,» había dedicado su estrambótico libro á la princesa de Tagliacozzo, Juana de Aragón, esforzándose por demostrar en el contexto del mismo libro que el cuerpo de dicha dama era el verdadero *criterium formae*, el canon ó belleza arquetipa, por presentar en todas sus partes la proporción *Sexquialtera*. Ahora bien: Calvi se apodera de esta descripción,

y punto por punto se la aplica á la Reina (mujer de Felipe II), Doña Ana de Austria, que, si no sabía esta historia, debió de quedar muy lisonjeada del regalo <sup>1</sup>.

En suma: lo que en el libro de Calvi es estética pura, procede literalmente de León Hebreo <sup>2</sup>, y no nos obliga á nuevo análisis. La parte de charlatanería y cubiletes filosóficos es de Nipho, y también algunas cosas útiles, pero poco nuevas, especialmente el primer capítulo *De varias opiniones y definiciones de la hermosura*, el cual parece á primera vista un extracto del *Hippias Mayor*, pero realmente lo es de los primeros capítulos de Nipho.

El plagio de Calvi debió ser conocido de sus contemporáneos, y por eso su libro gozó poca estimación, y no fué reimpresso, ni le cita nadie. Pero no acabaron con él los tratados de amor platónico. Sin contar los libros de los místicos, que merecen estudio aparte, todavía es preciso mencionar la *Apología en alabanza del amor*, compuesta por Micer Carlos Montesa (uno de los jurisconsultos aragoneses que decidieron al Justicia Ma-

<sup>1</sup> Vid. *Augustini Niphi Medici | libri duo. | De Pulchro, | primus. | De amore, | Secundus. | Lugduni, | Apud Godefridum et Marcellum | Beringios fratres, | 1549, 8.º, 277 pp.*

Pedro Bayle se pregunta lleno de admiración cómo se la habría compuesto el docto Nipho para adquirir tan puntuales noticias del cuerpo de Juana de Aragón.

<sup>2</sup> Calvi, para dar más claridad á la doctrina de León Hebreo, reproduce gráficamente, y por medio de *Schemas*, el *Cerco de la comunidad del amor por sus grados*, y el *Arbol de la división del amor*.

yor Lanuza á la declaración de contra-fuero, y á la resistencia contra Felipe II), y el bello *Discurso de la hermosura y el amor*, escrito en Copenhague, en 1652, para responder á una dama, por el famoso diplomático y prosaico poeta don Bernardino de Rebolledo.

El *Discurso de la hermosura y el amor* del conde de Rebolledo (posterior al tratado *de la hermosura de Dios* del P. Nieremberg), fué, por decirlo así, el canto de cisne de la escuela platónica entre nosotros. Su brevedad nos convidaría á extractarle, aunque, por otra parte, no nos encantasen la belleza de su lenguaje, y lo inmune que está de todos los vicios literarios de su tiempo, así del culteranismo, que el Conde procuró evitar siempre, como del prosaismo, del cual fué primer corifeo.

«Como las perfecciones de la Unidad Soberana (escribe el conde de Rebolledo) no se pueden comprender por infinitas, de la unión de las cosas materiales que le sirven de imagen, procede un lustre á que llamamos hermosura, tan apetecido entre los objetos sensibles, que ni nuestra razón se halla capaz de describir sus efectos, ni de contrastar sus halagos: muestranla mucho las cosas, en cuya conformidad la diversidad se hace admirable, como los esmaltes del campo, los matices del iris, las cambiantes plumas de las aves, las lucidas manchas de las fieras y jaspes, y las diferentes propiedades de los movimientos y acciones, que son los más vivos colores de los bosquejos de la naturaleza. Esto